



Alfonso Ulloa Zamora

Carlos Enrique Vargas Méndez

Lo recordaremos siempre como un ser excepcional, lo que se dice un "fuera de serie", complacido en espaciar a diario dignidad y señorío en el Barrio del Colegio de Señoritas que lo viera nacer. Aquel barrio austero de entonces, cuyas casas, monumentales algunas y de estilos llano y popular las más, formaban un coto de tranquilidad recia, democrática, profundamente costarricense, enquistado a la vera de Templos, Capillas y casa de Refugio Católicos, en clara alternancia con Escuelas de Enseñanza Primaria y Colegios de Enseñanza Media. A ese oasis de inteligencia y espiritualidad aportaban también lo suyo un Templo Anglicano y una Iglesia de Confesión Evangélica.

Hijo de don José Joaquín Vargas Calvo, maestro y compositor cuya obra había sido clave en el desarrollo musical del país, Carlos Enrique nació irremediabilmente destinado a profesor de arte musical. Su capacidad y talentos enraizados en un ambiente hogareño saturado en todos sus espacios por los dones inefables de la música, determinaron el destino suyo. Destino que él aceptó con gozo y entusiasmo cumplidores.

Después de haber realizado estudios de piano bajo la férula de su padre, en una cátedra libre que a pesar de hogareña no estuvo exenta de rigorismo académico, marchó a Francia para

poder hacer suya, mediante el estudio intenso, esa categórica escala de valores cuyo dominio caracterizan al músico verdadero: composición, armonía, canto gregoriano, y, naturalmente, órgano y piano también. No conforme con tales logros, anhelando ensanchar aún más su personal venero musical, conquista en Alemania el "As de Oros", de la música al graduarse de Director de Orquesta en la Ciudad de Munich.

Regresado a la patria, Carlos Enrique Vargas de inmediato sienta plaza de concertista de piano, labor que desempeña con brillantez poco común. Acepta con entusiasmo trabajar como profesor de música en varios colegios de la capital. Además, por derecho propio pasa a convertirse en Director de la Orquesta Sinfónica Nacional. Su inagotable capacidad artística lo hace arribar a la Catedral Metropolitana, donde se desempeñará como Maestro de Capilla. Sobra decir que al punto le vemos convertido en obligado pianista acompañante tanto de valores extranjeros del "bel canto" que nos visitan, como de los varios costarricenses que practican con devoción esa gama operética de la música. Para todos ellos siempre tuvo el consejo sabio y oportuno.

Quiso el destino que Carlos Enrique Vargas viniera a fallecer en plena temporada de vacaciones colegiales, cuando multitudes de estudiantes, lejos de su universo de pupitres, veranean promesas y esperanzas en todos los paisajes del país. Paz a sus restos. Vida a su recuerdo.